

tado. Canning recogía los frutos de su habilísima política; Grecia se le entregaba; ya no era posible resolver en contra de los deseos de su patria ni sin ella la cuestión de Oriente. Sin embargo, no contestó á la demanda de los griegos con una aceptación formal. No quería romper aún con Turquía. Se limitó á animarles, haciéndoles saber que, si aún no le era posible acceder á sus súplicas, velaba por ellos y no permitiría que ninguna potencia les impusiera una solución contraria á sus intereses. Todo parecía concurrir al triunfo de Canning. Despechado Alejandro y harto de las bellaquerías de Metternich, propuso al gobierno inglés que arreglase él solo, por vía de mediación, el conflicto turco-griego, y poco después, Austria, Prusia y Francia le dirigieron igual invitación. Podía esto envolver una celada, al menos por parte de Rusia, que quizás meditaba arrojarse de improviso sobre los principados danubianos; pero Canning no era hombre capaz de dejarse sorprender, tenía tomadas sus medidas y se vio claro que, si los rusos atravesaban el Pruth, los ingleses ocuparían inmediatamente la Morea y las islas griegas.

Europa no apartaba sus miradas de Grecia. De súbito, un suceso grave é inesperado cambió la dirección de los espíritus y las corrientes de la política general. Tras corta enfermedad, moría en Taganrog el emperador Alejandro, joven aún, pues no contaba sino cuarenta y ocho años. Su incurable melancolía y las decepciones que sufrió habían mermado su naturaleza. Muerto él, no era aventurado predecir que su obra predilecta, la Santa Alianza, ya muy quebrantada, le sobreviviría poco. Debido á las veleidades y constantes vacilaciones de su autor, la famosa unión de los soberanos no había servido ni para garantizar eficazmente el equilibrio europeo, á la sazón más amenazado que nunca, ni para procurar la libertad á los pueblos, que, por el contrario, sometió al más duro despotismo. El mismo Alejandro se había convertido en apóstol de la reacción, á pesar de que, todavía en mil ochocientos veinticinco, protestaba de su liberalismo diciendo: «Téngase de mí la opinión que se quiera, he vivido y moriré republicano.» Desvióse de Grecia durante algunas semanas la atención del mundo civilizado, concentrándose en Rusia, donde se cumplían acontecimientos muy extraños. No teniendo el difunto Czar sucesión directa, la corona correspondía á Constantino, el mayor de sus tres hermanos, el cual había dicho, al día siguiente de morir su padre Pablo I: «Después de lo que ha ocurrido, mi hermano puede reinar, si quiere; pero si el trono viniese á mí alguna vez, no lo aceptaría.» La resolución que entonces formara no debía cambiar con el transcurso de los años, y en Enero de mil ochocientos veintidós escribió al Emperador, comunicándole la renuncia formal de sus derechos eventuales, por faltarle, decía, «el genio, los talentos y las fuerzas necesarias para el ejercicio de la dignidad soberana.» Realmente, aunque no estaba desprovisto de inteligencia, carecía de cultura y era un espíritu mal equilibrado, bueno y afectuoso á ratos, violento y feroz con frecuencia, una especie, en fin, de Pablo I, ignorante y bárbaro. Alejandro aceptó la renuncia que Constantino le enviaba; mas uno y otro guar-

daron absoluta reserva acerca del asunto, no publicándose tampoco un acta, redactada después por el Emperador, modificando el orden de sucesión en beneficio de su segundo hermano, Nicolás, al cual nada tampoco se le dijo ni supo. De dicha acta, que no conocían sino la emperatriz madre, Araktcheef, el ministro Galitsine y el arzobispo de Moscou, se sacaron cuatro copias, que fueron depositadas con el mayor misterio en diferentes lugares. A la muerte de Alejandro, informaron á Nicolás de la renuncia de Constantino; mas él, negándose á aprovecharse de un acto desconocido hasta entonces, hizo que todos los regimientos y los dignatarios de palacio prestasen juramento de fidelidad á su hermano, y aunque éste le proclamó emperador en Varsovia, donde residía como general en jefe del ejército polaco, no quiso ceñirse la corona mientras Constantino no ratificase solemnemente su abdicación. Esta puja de generosidad entre los dos hermanos estuvo á punto de provocar un desenlace trágico. Existían en Polonia, y también en Rusia, numerosas sociedades secretas, como la llamada del *Bien público*, la *Patriótica* ó de los *Segadores*, la de los *Eslavos reunidos* y otras, cuyos individuos se reclutaban especialmente en la nobleza militar, mal avenida con no desempeñar papel político ninguno. Tenían estas sociedades extensas ramificaciones en los dos ejércitos del sud y del oeste, y sus jefes aspiraban no sólo á hacer respetar en Polonia el régimen parlamentario, falseado escandalosamente, sino á establecerlo en Rusia: algunos hablaban de república, y otros eran partidarios de la federación de los pueblos eslavos. La reacción dominante en los últimos tiempos del reinado anterior había soliviantado los ánimos, y aprovechando esta circunstancia y el interregno de más de tres semanas que siguió á la muerte de Alejandro, se urdió, en el seno de aquellos centros clandestinos, un complot para sublevar la guarnición de San Petersburgo. No obstante, únicamente se rebeló un regimiento al exigírsele que jurase fidelidad á Nicolás, el cual, vencidos su escrúpulos, se había al fin determinado á empuñar el cetro. El nuevo Emperador fué al cuartel donde estaban los sublevados, que le recibieron á los gritos de «¡Viva Constantino! ¡Viva la Constitución!», y no siéndole posible conseguir que depusieran su actitud, los mandó ametrallar. Al cabo de breves horas, nada quedaba de la temeraria intentona. También en el mediodía se había conspirado y alzaronse en armas algunas fuerzas militares; pero no escaparon mejor que las de San Petersburgo, y á últimos de Enero de mil ochocientos veintiséis, Nicolás era universalmente reconocido y respetado en el imperio ruso.

Ya hemos dicho que, si bien Grecia se había librado de sucumbir por el momento, la situación de los insurrectos continuaba siendo sumamente apurada. Al expirar el año de mil ochocientos veinticinco, falto de recursos el gobierno de Nauplia, no podía pagar á las tropas, que se desbandaban ó se entregaban al saqueo. Kolokotronis y su gente causaron muchas bajas al ejército de Ibrahim en su retirada, pero hicieron no menos daño al país; los marineros desertaban, y los patriotas, apenas repuestos del susto de Nauplia,

tornaban los angustiados ojos á Missolonghi. Si este baluarte de la Grecia Occidental caía en poder de los otomanos, no era dudoso que Rechid-Bajá avanzase hasta Atenas, y si tomaba esta plaza, nada le impediría arrojarse sobre Morea, ocupada ya en gran parte por los egipcios, ignorándose si entonces Inglaterra querría y podría acudir otra vez á salvar á Grecia. Missolonghi, en cuyo recinto habían buscado amparo los suliotas y los fugitivos del Epiro, Acarnania y Etolia, contaba unos quince mil habitantes, de los que cinco ó seis mil eran hombres aptos para la guerra. Cercada hacia siete ú ocho meses por Rechid-Bajá, sobrellevaba los ataques del turco y las penalidades del cerco con admirable heroísmo; pero, en el mes de Diciembre, Ibrahim se incorporó al seraskier y se encargó del mando supremo de las fuerzas sitiadoras. Ibrahim se había jactado de apoderarse de la plaza en quince días; mas cuando se vió delante de sus muros, comprendió que la empresa no era tan sencilla. Missolonghi se sostuvo hasta Abril de mil ochocientos veintiséis. El veintidós de este mes, perdida toda esperanza de recibir socorro, salieron de la ciudad seis mil hombres y cinco mil mujeres, resueltos á abrirse paso por en medio de las filas de los enemigos; pero advertidos éstos, sin duda por algún traidor, estaban alerta y solamente lograron escapar y llegar á Salona mil ochocientos de los fugitivos, de ellos siete mujeres: los restantes quedaron tendidos en el campo ó retrocedieron á la población, en donde turcos y egipcios penetraron confundidos con ellos. La mayoría de los moradores fué degollada sin piedad, volando algunos su último refugio y pereciendo bajo los escombros, con dos mil trescientos egipcios. A los supervivientes, en número de tres á cuatro mil, los vendió Ibrahim como esclavos.

La catástrofe de Missolonghi arrancó gritos de dolor á Europa entera, tanto más cuanto que, para colmo de males, el espíritu de discordia, recrudecido entre los griegos, neutralizaba los generosos esfuerzos de los filo-helenos. En el mismo mes de Abril de mil ochocientos veintiséis, la representación nacional, reunida en Epidauro, destituyó á Konduriotis y confió la dirección de los negocios á una junta de once individuos, bajo la presidencia de Zaïmis y sometida á la vigilancia de una comisión de la asamblea. Las consecuencias de estas medidas fueron desastrosas. Nadie quería obedecer al nuevo poder ejecutivo, que debió retirarse á Egina, y Kolokotronis y Konduriotis hicieron elegir otra asamblea, que se estableció en Hermione. El gobierno legal pedía la mediación de Inglaterra; por el contrario, Kolokotronis y los suyos reclamaban la de Rusia. Dos ingleses, el general Church y el almirante Cochrane, que llegaron á Grecia como auxiliares, consiguieron á duras penas que se fusionasen las dos asambleas, las cuales se instalaron en Trezena y votaron otra constitución. Nombróse á Church generalísimo del ejército de tierra, y á Cochrane, jefe supremo de las fuerzas navales. Esto fué un triunfo para la Gran Bretaña; pero Rusia obtuvo otro aun más sonado, al ser conferido el poder ejecutivo á Capo de Istria, con el título de presidente; y como el antiguo ministro de Alejandro continuaba en Ginebra, la

Asamblea encargó el gobierno provisionalmente á una comisión compuesta de tres individuos.

En el entretanto, Ibrahim, separándose de Rechid, había vuelto á Morea, donde, no pudiendo vencer á los montañeses de Maina, se desquitaba talando el Peloponeso. El seraskier, luego de ocupar la Grecia central, se dirigió contra Atenas, tomó posesión de la ciudad y puso sitio á la Acrópolis, defendida por Guras con algunos centenares de palikaros. Muerto Guras el doce de Octubre de mil ochocientos veintiséis; sucedióle su viuda, que resistió bravamente las embestidas de los turcos hasta sufrir la misma suerte que su marido, herida por una piedra que la dispararon desde el Erecteo. El jefe palikaro Karaiskakis, que, después de haber observado una conducta ambigua y vacilante, demostró ser fiel patriota y el mejor capitán de toda la guerra de la independencia, habría salvado seguramente la Acrópolis si, al preparar un ataque contra los otomanos el cinco de Mayo de mil ochocientos veintisiete, no le hubiese dejado en el sitio una bala enemiga, en una refriega que se trabó en las avanzadas. Los griegos experimentaron la mayor derrota que hasta entonces les infligieran los turcos, y al cabo de un mes, la Acrópolis abandonada á sus propias fuerzas, tuvo que rendirse. Viendo á Grecia otra vez al borde de su ruina, las potencias interesadas por ella se decidieron á intervenir materialmente en su favor.

El nuevo emperador de Rusia, Nicolás I, estaba dotado de voluntad firme y carácter sostenido, cualidades que faltaran á su hermano. Diferenciábase, además, de éste, en no haber sentido nunca aficiones liberales. Su espíritu no concebía más modo de gobernar á los pueblos que mandarlos militarmente, sin darles participación ninguna en el ejercicio de la soberanía. Por espacio de treinta años, no encontró la revolución en Europa enemigo más decidido ni más terrible. Únicamente en una cosa se parecía á su hermano primogénito, en su fidelidad al programa histórico ruso contrario á Turquía. Por esta razón, no bien sentado en el trono, dijo que iba á continuar la política de Alejandro, á *continuar*, entendiéndose bien, agregó, no á *volver á empezarla*, con lo que quería expresar su propósito de no retroceder un solo paso en el camino recorrido por su predecesor. Ahora bien, como sabemos, éste, en el momento de morir, se hallaba resuelto á declarar la guerra á la Puerta, prescindiendo de las demás grandes potencias y tomándose la justicia por su mano. Nicolás, pues, empezó manifestando que, si el Sultán no desagráviaba á Rusia, remitiría á las armas la decisión del litigio. Pronto se percataron los gobiernos de que, en sus labios, no eran las amenazas vanas palabras, al saber que, el diez y siete de Marzo de mil ochocientos veintiséis, había dirigido á Mahmud un *ultimatum*, en que exigía: primero, que se restableciera en los principados de Moldavia y Valaquia el estado político, militar y civil existente en mil ochocientos veintiuno; segundo, la libertad de los diputados servios y la implantación en su patria de las insti-

tuciones prometidas en el tratado de Bucharest; tercero, que se enviasen plenipotenciarios á la frontera Rusa, para negociar con los del Czar acerca de las cuestiones suscitadas con motivo de dicho tratado. Se le daba al Diván para contestar un plazo de seis semanas, pasado el cual sin ser aceptadas las condiciones expuestas, el encargado de negocios de Rusia abandonaría á Constantinopla. «Fácil á de ser á los ministros de Su Alteza colegir cuáles serán las consecuencias de este acontecimiento», concluía diciendo el *ultimatum*. En este documento guardábase silencio acerca de los griegos, á quienes Nicolás, en sus conversaciones, aparentaba despreciar, tachándoles de rebeldes, de revolucionarios, de bárbaros, lenguaje que no tranquilizaba á algunos diplomáticos, y sobre todo á Canning, el cual sabía muy bien que el Emperador de Rusia, aun hablando de aquel modo, dispensaba su confianza á amigos de la causa helénica tan significados como Speranski, y estaba en muy buenas relaciones con Capo de Istria. Además, aunque se supiera que Nicolás no alentase directamente á los griegos, bastábale invadir los principados y obligar á los turcos á correr á su defensa, para asegurar el triunfo de la insurrección. En fin, no era creíble que, una vez rotas las hostilidades, si la suerte de la guerra favorecía á los rusos, no quisiese el Czar dictar su ley de un extremo á otro de la península de los Balkanes. Convenía, por tanto, en concepto de Canning, evitar la lucha entre Turquía y Rusia, y en cualquier caso atar las manos previamente á la segunda, para impedirle resolver en un momento dado por sí sola la cuestión helénica. Esto último lo consiguió el ministro inglés con el protocolo de cuatro de Abril de mil ochocientos veintiséis, firmado por Rusia, ante el temor de que la Gran Bretaña se aliase con el Sultán. Fué dicho acuerdo el primero que hubo en Europa para la emancipación de Grecia, y en virtud de él, Rusia aceptó la mediación de la Gran Bretaña entre helenos y turcos, estipulándose que los dos gabinetes, el de San Petersburgo y el de Londres, reclamarían la autonomía de Grecia; que este país pagaría un tributo á Turquía; que nombraría por sí mismo al jefe de su gobierno, reservándose la ratificación al Sultán, y que subsistiría lo pactado, cualquiera que fuese el estado de las relaciones del imperio ruso con el otomano. Convenían también las dos partes contratantes en renunciar á toda ventaja territorial, económica ó comercial, derivada de la pacificación definitiva de Grecia, que no hubiese de ser común á los demás Estados de Europa, y finalmente, se mostraban conformes en pedir á las grandes potencias que garantizaran el futuro orden de cosas, no pudiendo Inglaterra echar sobre sí esta obligación, á causa del carácter particular de sus instituciones. Hábiendo logrado ya lo que principalmente se proponía, Canning se esforzó, así como Metternich, en inclinar al Sultán á admitir el *ultimatum* ruso. No fueron infructuosos los trabajos de ambos diplomáticos; Mahmud hubo de ceder, y el doce de Mayo, día en que expiraba el plazo señalado por el gobierno de San Petersburgo, hizo comunicar al encargado de negocios moscovita en Constantinopla, que aceptaba las bases de arreglo

propuestas por el Emperador de Rusia. En su consecuencia, recobraron la libertad los diputados serios; evacuaron los principados danubianos las últimas tropas turcas que quedaban en ellos, y el Diván prometió enviar dos plenipotenciarios para que se concertaran con los representantes del Czar el tratado definitivo.

El Sultán, sin embargo, no se había sometido sino en apariencia. Estando seguro de que, tarde ó temprano, Rusia reproduciría su pretensión de ver á Grecia *pacificada*, se proponía no más que ganar tiempo, á fin de poder reconstituir su ejército y estar preparado para la lucha decisiva. Así, no bien hubo manifestado que condescendía á los deseos de Nicolás I, decretó la reorganización, tomando por norma el modelo europeo, de la milicia, antes sólida y fuerte, ahora corrompida y degenerada, de los genizaros. Al par, como anduviesen gravemente desavenidas Rusia y Persia, intrigó cuanto pudo en la corte de Teherán para que el conflicto se enrespase y terminara en guerra abierta. No correspondieron los resultados á sus cálculos. Los genizaros, disgustados con la intentada reforma militar, se sublevaron, siendo preciso ametrallarlos en Constantinopla, y á poco, suprimirlos en todo el imperio, desapareciendo de la noche á la mañana aquellas tropas bárbaras é indisciplinadas, pero, á pesar de ello, las mejores que tenía la Puerta. El Sultán, pues, se encontró sin ejército, y aunque trabajó activamente para crear otro, esto no era empresa de un día. En cuanto á las esperanzas que cifrara en la querrela ruso-persa, también quedaron defraudadas; porque si es verdad que estalló la guerra entre los dos países, Rusia alcanzó desde el primer momento ventajas importantes, que le permitieron prometerse para dentro de breve plazo el ajuste de una paz útil y gloriosa.

Los representantes del Czar, aprovechándose de la impotencia militar de Mahmud, impusieron á los de éste condiciones sumamente duras y onerosas. El Sultán tuvo que pasar por todo, y el veintiuno de Octubre de mil ochocientos veintiséis se firmó el tratado de Akkermann, en donde se confirmaron el de Bucharest y los privilegios de Moldavia y Valaquia. Rusia sólo accedió á que los hospodares de estos dos principados se eligiesen entre los boyardos, y no, como antes, de las grandes familias griegas del Janar. A Servia había de dársele, en el término de diez y ocho meses, la constitución tantas veces ofrecida. El Czar conservaba en Asia todos los territorios ocupados actualmente por sus tropas. Una comisión mixta debía conocer de las reclamaciones que formularan los súbditos de las dos potencias signatarias. La Puerta se obligaba á hacer restituir á los comerciantes y particulares rusos cuanto hubieran perdido por efecto de las depredaciones de los piratas berberiscos, y á impedir, en lo sucesivo, que éstos les perjudicasen. Reconociase á los rusos pleno derecho á comerciar libremente en los mares y puertos otomanos, y, por último, prometía la Puerta tener presentes las representaciones del Czar en favor de las potencias cuya marina mercante no estaba autorizada á penetrar en el mar Ne-